

FÉLIX MATOS BERNIER

(Coamo, 1869-Ponce, 1937). Poeta, novelista, cuentista, ensayista, periodista, crítico. Tuvo una productiva carrera literaria y periodística. Comienza sus publicaciones con *Disonancias* (1885), *Notas errantes* (1885), *La salvación de un ángel* (1886), poema naturalista, antes de su destierro en 1887 por razones políticas. Su periodismo se desarrolló tanto en Venezuela como en Puerto Rico. De regreso en la isla, funda el trisemanario *La Libertad*, donde publica el artículo “El confesionario”, por el cual sufrió cárcel. Fue colaborador de un número nutrido de periódicos y revistas, por lo cual mucha de su obra sigue aún dispersa. Publica una novela-ensayo titulada *Puesta de sol* (1903) y fue autor dramático bajo el signo del teatro bufo con la obra titulada *¡Pobre Ponce!*. En la crítica literaria sobresale su libro *Isla de Arte* (1907). Uno de sus libros más intensos es el poema largo titulado *La protesta de Satán* (1909), del cual hemos realizado una edición recientemente bajo la Editorial Tiempo Nuevo (2015). Su último libro divulga el género del cuento, titulado *Llore y ría* (1916). Utilizó en muchos casos el pseudónimo “Fray Justo”, sobre todo para sus labores periodísticas. Su último poema (libro) es el que a continuación podrá degustar el lector.⁶

Poema de las Islas (1914)⁷

¡Con qué tristeza amarga sobre la mar elevan
sus cúspides brumosas las islas por doquier!
¡Las islas sitibundas que su calor abrevan
en la onda sofocadas,
batidas por los vientos,
gimientes o calladas,
bajo el flagelo eterno de todos los tormentos,
con aire y asfixiadas
en sus tirantes arcos que nadie ha de romper!...

⁶ Para mayores datos, ver Carmen Rosa Díaz de Olano, *Félix Matos Bernier: su vida y su obra*, tesis de maestría, Universidad de Puerto Rico, Programa Graduado de Estudios Hispánicos, 1940, y Josefina Rivera de Álvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña*, tomo II, volumen 2, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974pp. 947-950.

⁷ “Del libro inédito «Musa de amor y de Libertad» que se publicará en breve”. [Nota original del libro.]

Las islas solitarias, las islas gemidoras
que dan al cielo el himno de su vivir fatal,
parece que se quejan como almas pecadoras
bajo la espuma atadas,
heridas por las breñas
de las playas soleadas:....
¡Sirenas que dejaron sus cavernosas peñas
del hondo mar hastiadas,
pidiendo al cielo el beso de su calor astral!

Del tembloroso abismo la inmensidad delatan,
denuncian los peligros que duermen bajo el mar:
las vértebras del mundo con sus músculos atan,
y son los avatares
del Génesis, creando
la fuente de los mares,
en las secretas simas al planeta ligando
con nervios seculares
que a un tiempo que se rompen se vuelvan a enlazar.

¡Cómo cantaron ellas sus dolorosas vidas!
¡con qué pasión dijeron su esfuerzo y su dolor!
En medio de sus lentas o fuertes sacudidas,
ligadas por la suerte
desoladora al lecho
del Continente inerte,
se entregan al ensueño o al aquilón deshecho
besadas por la muerte
con los callados besos de inexplicable amor.

Gentil sacerdotisa, la antigua Caprobana,
nacida entre las perlas, simbólica Ceylán,
canta las seductoras promesas del Nirvana,

su resistencia ruda
que salvó el milenario
culto del padre Budha,
los ricos karanduas de su ancestral Santuario,
y la leyenda muda
del pie del primer hombre sobre el pico de Adán.

Java canta las fábulas del rito mahometano,
las flores de Jaccatra, las glorias de Wedí,
sus columnas y estatuas que son del genio humano
asombro y maravillas,
su inmenso Boro-Boro
y esbeltas torrecillas,
la fama de su selva descomunal en todo,
sus costumbres sencillas,
el gesto de sus rechas y el sueño de la huri.

Canta el Japón sus cultos, su silente pasado,
sus leyendas románticas, su trabajo industrial,
la grandeza y virtudes del antiguo Micado,
sus jardines floridos
que parecen diseños
de alegóricos nidos,
el afán de la gloria que agitó sus empeños,
y los besos perdidos
de sus noches de luna por el parque imperial.

La Isla de Pascua entona dolientes cantinelas,
-misteriosa y hierática cual la vieja Etretat,-
arrulla a sus estatuas, callados centinelas
que vigilan los mares
en la costa sagrada
como en regios altares;
y al cantar su tristeza por el mundo ignorada
resucitan sus lares
con el toque glorioso del histórico Amat.

Ithaca exhibe al mundo la creación de Homero
que pinta en sus estrofas la antigua heroicidad;
y cuenta cómo Ulises, –su mago y su guerrero–
fue rey puro y honrado,
sus célebres amores
y glorias de soldado,
la excepcional leyenda de aquellos vencedores
que tanto han enseñado
nobleza y patriotismo, valor y austeridad.

Patmos eleva al cielo su doloroso canto
con el divino verbo del místico San Juan.
Envuelta en las azules turquesas de su manto,
repite una plegaria
que eternamente suena
como una pasionaria
de la gigante lira de aquella mar serena;
y su voz solitaria
anuncia los desastres que al hombre humillarán.

La voz apocalíptica de aquel genial profeta
retumba en los confines como marcial clarín;
y aquella voz que emerge del alma del poeta
se mezcla al cataclismo
de un mundo agonizante
que rueda hacia el abismo
con la explosión de un cráter abriéndose gigante,
–la luz del Cristianismo
enflora en las conciencias y lo redime al fin.–

Inglaterra es el Hércules que canta la leyenda
con Byron y con Shakespeare. La cítara de Ossian
resuena en sus montañas como el casco en la senda:
Milton describe ciego
el Paraíso y truena
en él Satán.... –El fuego

de todas las pasiones su horror desencadena
sobre el coloso, y luego
suspira con un verso del épico don Juan.–

Canta Córcega el himno de su carácter. Cuenta
que en su robusta entraña se concibió un titán:
¡águila de las cumbres que retó a la tormenta!
¡cíclope de la gloria
que marcó con su espada
los rumbos de la Historia,
y fue soldado, artista, legislador! ¡Porfiada
visión de la victoria
que batió sobre el mundo sus alas de huracán!

Santa Elena solloza con su misión terrible:
cuenta el último sueño del gran emperador,
y ve el silente espectro que pasea impasible
mirando el mar bravío
que confundió en su sueño
con un foso sombrío....
Y llora la isla, llora porque su noble empeño
fuera romper con brío
la jaula en que le dieron guardado aquel condór [sic].⁸

En los abiertos mares de su sonante playa
Guernesey canta el himno de Gilliat⁹, tal cual es:
siente el éxtasis hondo del delirio y desmaya
frente al trabajo eterno
de aquel genio del mundo,
–como un Adonis tierno,
como el valor prudente, como el amor profundo–

⁸ El poema de Matos Bernier sigue la gramática del momento: se acentúan monosílabos como a, o, pie, ve y fue. En este caso, cóndor se transforma en palabra aguda por efecto del ritmo del verso. Era normal esa palabra en la poesía del momento.

⁹ Alusión a la novela de Víctor Hugo titulada *Los trabajadores del mar* (1866) que ya había mencionado en su poema extenso de 1909, *La protesta de Satán*.

que creó un nuevo Averno,
más trágico que el mítico, para el traidor francés.

Australia , la gigante, que amasó los consuelos
del presidiario, canta su progreso gentil.
Olvidada por siempre de sus amargos duelos
muestra a Melbourne enhiesta
con sus ricos mercados
en permanente fiesta,
mientras cruzan sus ríos los cisnes enlutados
y hechizan su floresta
las aves liras, reinas del rústico pensil.

Las Filipinas cantan su ronca sinfonía
con el acento trágico de Aguinaldo y Rizal
y narran las tragedias que son su etiología,
sus íntimos dolores,
sus luchas de gigantes,
sus duelos, sus horrores;
y del conjunto inmenso de sus chalets flotantes
brotan los resplandores
del hierro y del incendio de su ópera triunfal.

En los batidos fondos del ancho mar Caribe
se yerguen¹⁰ en curiosa simbólica legión,
las huérfanas de América. Su florestal exhibe
sus galas naturales,
mas nunca recibieron
los besos fraternales
del Continente inmenso que siempre defendieron
de las furias boreales,
del monstruo¹¹ del Atlántico, del bárbaro Aquilón.

¹⁰ La palabra que se usaba es “ierguen”.

¹¹ En el original, llevaba acento: “mónstruo”.

Cantan en su abandono con su locuaz coraje,
las luchas de sus siervos por patria y libertad:
en candoroso hechizo de su feraz paisaje,
la indignación colérica
de su protesta airada,
la ingratitud de América
ante el esfuerzo lento de su labor sagrada
su convulsión histérica
por sacudir los hierros de extraña autoridad.

Cuba se yergue altiva. –Sus héroes inmortales
en sus latentes tumbas musitan su oración:–
Maceo explora y cruza los bosques ancestrales
y Gómez el anciano
sacude el noble acero
con su nerviosa mano,
mientras Martí, el divino, denuncia al mundo entero
los hechos del tirano
que obligan a los pueblos a amar la Rebelión.

Santo-Domingo canta sobre sus ruinas. Canta
las luchas de una raza que por su amor murió,
la pompa de sus noches, su dulcedumbre santa,
la indígena epopeya
que anima sus boscajes
con su onomatopeya,
la múltiple acuarela que esmalta sus paisajes,
¡el alma de Quisqueya
que en Duarte, Mella y Sánchez tres dioses encarnó!

Modula Puerto-Rico su canto lastimero
confiada en las promesas del exotismo infiel
que no sintió el estruendo del clarín y el acero.
Canta su pena, a solas
como sus mismos mares;
y en medio de las olas

que pulen sus arenas al pie de los palmares,
con tiernas barcarolas,
disfraza sus angustias y su tortura cruel....

Parecen esas islas policromas palomas
posadas sobre el seno del misterioso mar;
gallardas canastillas de frutas y de aromas;
pebeteros diapreados¹²
que dan al firmamento
sus sándalos quemados,
y a cada choque suave de las flores y el viento
prodigan delicados
efluvios de geranio y esencias de azahar.

La inmensidad las crea, la eternidad las ata:
es una su alegría y es uno su dolor:
el mar que arrulla en ellas a un tiempo las maltrata;
y solo el heroísmo
de la tenaz porfía
del noble patriotismo
las librará mañana –tal vez lejano día–
del vil determinismo
que en ellas crea el paria lo mismo que el amor.

¡Desventuradas islas! Un día el mar airado
dilatará sus márgenes con estruendoso afán
para ensanchar sus bases; y el mundo consternado
verá surgir del seno
del abismo, otro mundo
de rara pompa lleno,
y en medio de ese nuevo florilegio fecundo
aún vibrarán las voces, bajo el zafir¹³ sereno,
de Homero y Víctor Hugo, de Byron y San Juan.¹⁴

¹² Diapreado: en la heráldica, matizado de distintos colores.

¹³ Zafiro: zafiro, piedra preciosa de color azul.

¹⁴ Félix Matos Bernier, *Poema de las islas*, Ponce, «La Opinión», 1914.